

AL SR. DIRECTOR DE «LA DISCUSION»

---

Mi querido amigo: He visto la catedral de Toledo. La impresion que ha dejado en mi alma este maravilloso edificio, me ha hecho formar una idea del sentimiento que debió poseer al primer hombre, cuando al despertarse de la nada, vió la luz de los astros derramándose en los espacios, las flores entreabriendo sus cálices para recibir el aliento del Creador, las aves cortando con sus alas el aire, las armonías que producen los círculos de la creacion, el cuadro deslumbrador que forma en sus varias manifestaciones la vida. La primer vez que el exterior de esta catedral se ha aparecido á mi vista era de noche: las estrellas parecian agruparse sobre sus cúpulas; la luna envolviéndola con su melancólica luz como con argentada gasa, aumentaba su grandeza; sus esculturas,



idealizadas por las mezclas de las dulces sombras y de los tibios rayos del astro de los poetas, parecían más bien que piedras, ideas, en el instante mismo de su creación por el artista, ideas vagas, que se encerraban en formas inciertas; y esa indecisión de la noche dejó en mi alma como un vacío, pareciéndome que no había de corresponder el monumento á lo que en mi imaginación pintaba con sus mil colores la idea, alentada por la poesía de esas serenas noches, en que solemos hermoñear y engrandecer unas paredes ruinosas, un árbol seco, cualquier objeto que á nuestra alma, exaltada por sus ensueños, ofrece naturaleza. Esta preocupación creció de punto cuando ví el informe exterior de la catedral á la luz de la siguiente mañana; al contemplar una torre airosa, sí, hermosísima, pero acompañada por la pequeña y mal concluida cúpula de la capilla muzárabes, sus tres arcos góticos ornados de primorosas labores, de hermosísimas esculturas, pero cuya armonía está completamente rota por cuerpos sobrepuestos del renacimiento, que me parecieron una blasfemia en aquel templo tan ortodoxo, porque esta arquitectura, con sus vuelos y molduras horizontales, mira como los dioses griegos á la tierra, mientras la arquitec-

tura gótica se levanta como la oración cristiana á los cielos; al volver los ojos á los balaustrados, ajenos á la idea fundamental del templo; al remate del frontispicio principal, obra de este nuestro siglo, en que no resplandece la idea que animó á los fundadores de la iglesia toledada, ni á los primeros artistas que calaron sus piedras; al sentir esa confusión que produce la falta de armonía, tan necesaria á la unidad de nuestra inteligencia, me pareció que me había engañado; y como por vicio de la edad, que también tiene la juventud sus achaques, soy algo dado á dejarme llevar de mis últimas impresiones, asaltáronme impulsos de asentir á la par sus tantas veces combatida opinión de Michelet, que dá todas las grandes catedrales góticas por un sólo templo de la antigua Grecia, por uno de esos rientes paganos templos, que se levantan aislados, erguidos, en una colina, rodeados de átrios y armoniosas columnas, que parecen hechos de una vez, nacidos á un sólo mandato del pensamiento del artista.

Y me dolía, se lo confieso á V., este impulso, porque yo he preferido siempre el Romancero á la Iliada; Calderon á Sófocles; la Edad media á Grecia y Roma; y siempre he defendido,



áun en los tiempos en que extasiado leía los sublimes versos del Edipo Coloneo, los cánticos de Pindaro y Virgilio, y la divina aparición de la madre de Aquiles en el primer canto de Homero, que el cristianismo es como fuente de inspiración artística, religión más rica en caudales que el antiguo paganismo.

Entregado iba á estas ideas, cuando llegué á la puerta de los Leones, y sentí ya como arrepentimiento. ¡Qué divina portada! Su arco apuntado representa admirablemente el emblema de la unidad de Dios; las labores de sus piedras son como ideas místicas, grabadas para toda una eternidad por la mano de un artista embriagado del amor divino; sus esculturas, especialmente San Juan, que á la izquierda del espectador se levanta, son de lo más bello que ha producido el cincel cristiano, y el conjunto de la portada, á pesar de haber puesto en ella su mano el pasado siglo, cautivó mi alma; mas no sentía la gran impresión que anhelante buscaba, ese éxtasis que nos arrebató á este mundo y nos hace respirar las áuras de nuestra patria, del cielo.

Olvidaba yo los caracteres de la arquitectura cristiana; las ideas fundamentales sobre que estos templos se levantan. El templo griego es

hermoso en su exterior, porque representa el carácter de un pueblo que necesita de esos espacios intercolumnios para darse á los grandes gozos de su vida, puramente pública. El arte cristiano arranca de lo interior del hombre, del alma. El templo gótico no está abierto á todos vientos como los templos antiguos, no; está cerrado con espesos muros, porque es el lugar de la meditación y de las religiosas plegarias, y de la comunión íntima y secreta del espíritu con Dios. La arquitectura griega se extiende horizontalmente, como los frondosos árboles del Parnaso, para cobijar al hombre; la arquitectura gótica se levanta como el ciprés á los aires, busca lo infinito, se eleva á las regiones superiores para albergar á Dios. El interior de los templos paganos suele ser como el exterior, y á veces más sencillo; para el interior de los templos góticos se guardan todas las riquezas, todas las maravillas, todos los prodigios del arte; porque representan el alma recogíendose dentro de sí misma, hermoseándose con la virtud y el amor para recibir en digna morada el espíritu de Dios. Haciendo yo estas reflexiones, me sentí impulsado á entrar y traspuse los umbrales de la puerta de los Leones, y entré. Y me maravillé, y me pareció que mi



alma se anegaba en aquel océano de grandiosas ideas, verdaderas emanaciones de Dios.

Todo, todo es aquí grande. Siento muchísimo desflorar mi admiración, entregándola al papel. No es dable aprisionar en las cadenas de las formas las ideas, cuando libres vuelan por los espacios infinitos. Las bóvedas de la catedral ofrecen á mi vista un laberinto, á manera de sagrado bosque, en que se quiebran los rayos del eterno sol; sus columnas formando preciosísimos manojos, ascienden á los aires y se pierden gallardas entre las dudosas sombras, que á manera de dulce crepúsculo se levantan del pavimento, y se agrandan cuando los reflejos de la clara centelleante luz de las ventanas coronan como una aureola sus remates; las líneas de todos estos arosísimos arcos van á unirse en un punto como las ideas, los sentimientos, las oraciones de los fieles se unen por maravillosa armonía en Dios, centro de las almas; las esculturas se levantan, representando como un poema vivo los dolores del hombre, las esperanzas y los consuelos de la religión, el martirio de los que dejaron los átomos de ceniza de su cuerpo en las hogueras, pero cuyas almas rielan como una estrella fija en sus frentes, el sacrificio sublime del Crea-

dor, encerrando en nuestra limitada naturaleza su esencia divina, que no cabe en la eternidad, y ofreciendo á la muerte su vida, que es alimento de la creación, y uniéndose á estas columnas, á estas bóvedas, á estos arcos, recrea mi vista la pintura, arte esencialmente cristiano, engrandecido por las inspiraciones del Calvario, y embelesa mi oído la música, que dá movimiento á estas moles de piedra, voz á sus estatuas; y sobre tantas maravillas veo la idea más viva de la catedral, las ojivas, resplandecientes de luz que recogen para hacerla tributaria del templo los vidrios matizados de mil colores, heridos por los rayos del sol, produciendo pasmosos efectos de óptica, destacando de su brillante fondo los ángeles, los doctores, las vírgenes, como si coronaran la catedral; los vidrios de colores, idealización de la luz, que parece como el amanecer del eterno día de la celeste gloria.

Este es el templo de la oración cristiana. Bajo estas bóvedas el pensamiento se sublima al cielo. Aunque la voluntad quisiera proferir una maldición, una blasfemia, se apagaría en los labios convirtiéndose en plegaria impregnada de amor y de esperanza. Me parece que veo desvanecerse la muerte, que me desposeo



ante el ara santa, de mi alma, la cual se pierde en el seno de Dios como la luciérnaga en los rayos del sol, como la gota de lluvia en las profundidades infinitas del Océano. Estas armonías, estos cánticos, esta poesía viviente, el olor balsámico del incienso, los colores del aire, las oraciones que vagan por los espacios, las ideas que ocultan esos mártires, esos doctores que leen la verdad absoluta en sus libros de piedra, el amor divino que centellean esas vírgenes envueltas en los arreboles del firmamento, coronadas de estrellas, la unidad que armoniza todos estos objetos, que son místicas ideas, embargan el pensamiento, que se recrea en la contemplación de Dios revelado por el arte.

Yo no sabré decir ahora el origen de la arquitectura ojival, ni hay para qué recordarlo. No diré si ha provenido del Oriente ó del Norte, de los árabes ó de los alemanes. Pero me parece que todos los monumentos ojivales del siglo trece son como flores que han brotado al dulce aliento de las áuras orientales, del seno mismo de la antigua, majestuosa, grave y severa arquitectura bizantina; pues la catedral gótica es el apocalipsis del arte cristiano y recuerda la cuna de la humanidad, como si qui-

siera ponernos entre el Paraíso que perdimos al nacer y el Paraíso que esperamos al morir; y simboliza la unión de Oriente y Occidente, de la Biblia, libro de los sagrados recuerdos, con el Evangelio, libro de las consoladoras esperanzas.

Y mirando esta catedral desde el punto de vista nacional, recordando que puso su primer piedra el historiador de las Navas de Tolosa, que se comenzó bajo el amparo de San Fernando, que la consagración de sus sagrados espacios se debe á los tiempos de Alonso VI, que en su capilla mayor se levanta aún representando el eterno triunfo de la raza española sobre la raza árabe el gran don Alonso VIII; evocando todos estos recuerdos históricos, no puedo dejar de convenir en que estos arcos apuntados, estas labores preciosas, estas columnas que parecen orientales palmeras, esas flores, ramas de árboles, guirnaldas, conchas, estrellas, grabadas en el templo como un holocausto de la riente naturaleza á su Creador, esos encajes que forma la piedra, á manera del velo misterioso que nos oculta á Dios; todo ese lujo de ornamentación, que en vano buscamos en los primeros monumentos españoles del estilo bizantino; silenciosos como el anacoreta, severos



como los soldados de Covadonga; ese florecimiento misterioso de la piedra, que quiere representar una eterna primavera, dicen que nuestros padres han trepado por las montañas que los separaban de la oriental Andalucía, y han descendido á sus jardines, y han gozado á los rayos de su victoria las ideas que despide aquella tierra, embellecida por el génio del Oriente, y han hecho sus artes, sus ciencias, huríes del eden musulman, tributarias de la grandiosa nacionalidad española. Los jazmines, las rosas de Damasco y Alejandría, el mirto meridional, las esbeltas hojas del árbol que cantaba el primero de los Omniadas de Córdoba, el azahar, las perlas de los dos mares que arrullan con sus celestes olas á la sultana Andalucía, todos los tributos de la naturaleza y del arte oriental se unen hermosamente en el siglo trece á la majestuosa ogiva, como las obras de Algacel, Abolaris, Avicena, y otras mil maravillas trasportadas á nuestra lengua por la poderosa iniciativa del más sábio de los reyes cristianos en la Edad media, de D. Alonso X, vienen á ofrecer nuevas fuentes de inspiracion y de vida al vigoroso y ya brillante génio de nuestras ciencias y letras. El espíritu español, como una hermosa flor, ofrece sus ho-

jas al beso de las áuras orientales, que depositan en él sus aromas impregnados del primer aliento del Creador, conservando sin embargo nuestra arte siempre su misteriosa esencia, que no se extingue ni por la inundacion de nuevas ideas ni por el soplo de los siglos.

Hé aquí las principales ideas que ha levantado en mi alma la grandiosa catedral de Toledo. No me detendré á explicar minuciosidades de este magnífico monumento, porque si bien yo no me canso de admirar, ni de escribir, *calamo currente*, mis impresiones, me parece muy fácil que V. se canse ya de leer, y no hay razon para abusar así de su amistad y paciencia. ¿Ni qué podría yo decir, describiendo este templo, que no hubieran dicho ya Ponz, Cean Bermudez, Amador de los Rios, Caveda, Pidal y tantos otros como han tratado de sus maravillas? El magnífico enterramiento de Mendoza, el gran cardenal, que enarboló el pabellon de la cruz en las torres de la Alhambra; la capilla de Santiago, donde duerme el sueño de la muerte el condestable don Alvaro de Luna, presa arrojada por un rey débil á los nobles, que allende la muerte les arrancó la sábia política de doña Isabel la Católica, consagrando con un magnífico monumento su memoria; la capilla de los



reyes nuevos, donde yacen don Enrique el de las Mercedes y don Juan I, el vencido en Portugal para nuestra desgracia y reposan juntos los descendientes del asesino don Enrique y los del asesinado don Pedro, *por lo cual es paz, es concordia para siempre*, como dice uno de los epitafios; la sala capitular, que guarda los retratos de todos los arzobispos de Toledo, bellísima por su pavimento y su sillería, y los artesonados de su magnífica techumbre; la capilla muzárabe, donde aún resuenan los ecos de la independiente Iglesia goda, que conservaba su libertad bajo el peso de las cadenas musulmanas; la capilla del Sagrario, obra que respira grandeza, y para mi santa, no sólo por su religioso objeto, sino por haber inspirado un drama al más grande de los poetas españoles, al inmortal Calderon; los frescos del claustro, los vidrios de colores, el transparente, que en mi sentir es el desvarío más poético del estilo borrominesco, todas estas grandes partes del templo requerían más tiempo para ser examinadas y más espacio para escritas, tiempo y espacio de que yo no puedo disponer. No quiero despedirme sin dar, ¡parecerá audacia! mi opinión sobre el coro, la obra más bella, más magnífica, más acabada de la catedral de To-

do, donde han contendido siempre el génio de Berruguete con el de Borgoña. El coro es célebre, porque presenta en su seno las esculturas de estos grandes ingenios, del español Berruguete y de Felipe de Borgoña. Esculturas cristianas, obra de dos grandes ingenios; así que leí esta noticia en el hermoso libro *Toledo pintoresco*, del señor Amador, que era mi guía, me faltó tiempo para entrar en el coro. Ví una y otra vez las esculturas, leí el atinado juicio que forma sobre ellas don José Amador de los Ríos y me decidí á dar también mi triste parecer. Se trata de decir quien se ha llevado la palma, si Berruguete ó Borgoña. Cada arte representa un instante del desenvolvimiento progresivo del espíritu humano. A la escultura le toca representar la idea identificada con la forma, el cuerpo al través del cual se entrevé el espíritu, la belleza plástica; y por eso la escultura es arte eminentemente clásico, y por eso luce en todo su esplendor en Grecia. Así como las ciencias, las artes tienen un objeto fijo, determinado, una ley que no puede romper.

El arte de los pueblos clásicos representa la identificación de la forma y el fondo, y así la escultura ha llegado á su mayor grandeza entre griegos y romanos. La serenidad, la belleza



plástica, hé aquí lo que principalmente representa la escultura. Tengo para mí que así como la arquitectura, la música, la pintura, la poesía, son artes eminentemente cristianas, porque pueden representar lo infinito; la escultura es un arte eminentemente clásico, porque sirve más bien para representar la hermosura real que para contener en su limitada organización la idea divina, el espíritu infinito del cristianismo. Por eso el mundo moderno aún no ha dado un Fidias, ni el mundo antiguo pudo jamás dar un Murillo; por eso se necesitó que viniera el renacimiento á dar vida á la escultura, pues en los siglos medios todas las demás artes habian alcanzado un prodigioso desenvolvimiento, mientras la escultura quedó en perpétua infancia. Fidias pudo encerrar en piedra los dioses de Homero; para representar las sombrías y sublimes figuras del Dante, arrojó lejos de sí Miguel Angel sus cinceles, y las evocó en la capilla Sixtina, con los arreboles de los colores más ideales, más vagos que las formas determinadas y materiales de la escultura. Y dicho esto, voy á dar mi juicio sobre Berruguete y Borgoña en dos palabras.

Berruguete, génio español, apasionado, quiso expresar el alma, la idea infinita en sus escul-

turas; Borgoña se atuvo á las formas, á los ejemplos, á las leyes de la escultura griega. Berruguete muestra más inspiración, más génio, más idea; pero en la esfera del arte le venció Borgoña. Esta es mi opinion. Concluyo, sí, concluyo esta larga carta. De cualquier modo, las grandezas de esta catedral serán siempre nuestro orgullo. Un poeta alemán representaba un desgraciado que anhelante de orar entró en una catedral gótica, y encontró á Jesús huérfano, llorando sobre el seno de sus ángeles, apurando eterno cáliz de amargura, sin cielo ni tierra que le oyese, abandonado de su eterno padre; yo, si alguna vez vacilara en mi fé religiosa, si me abandonaran mis creencias, entraria en estas hermosas catedrales góticas, seguro de encontrar en su santuario el Dios que me enseñó mi madre.

Toledo 11 de Abril del 1857.



## AL SR. DIRECTOR DE LA DISCUSION

---

Mi querido amigo: Ofrecí escribir á usted y me arrepiento de mi oferta. No es dable encerrar en cartas las ideas que me asaltan, ni se prestan á la expresion fácilmente mis vagos sentimientos. He anhelado siempre ver á Toledo, mi anhelo se ha cumplido, y ¡cosa rara! la realidad escede á la imaginacion, mi alma no puede soñar tantas maravillas como ha dejado en el espacio grabadas indeleblemente el espíritu de nuestros gloriosos padres, cuyas sombras me parece levantarse, volviendo á nueva vida en medio de estas portentosas ruinas que atónita mira la vista y suspenso contempla el pensamiento. ¡Oh! Toledo, Toledo; la ciudad santa de los godos, la fortaleza de los árabes, el templo en que anhelaban orar los cristianos de Covadonga, la metrópolis de Cas-



tilla, el centro en contorno del cual hacia girar al rey sábio en las investigaciones científicas las esferas celestes; Toledo, la ciudad artística, rica en monumentos, no sólo góticos y árabes, sinó tambien del renacimiento donde se refleja aún en las obras de Berruguete el esplendoroso espíritu de Miguel Angel; Toledo es la historia viva de nuestra sagrada pátria. Esta ciudad, como V. sabe, es el epílogo de nuestra nacionalidad. Si la etimología hebráica de su nombre no le cuadra históricamente, desde mi punto de vista significa muy bien lo que Toledo representa: generaciones de ideas, generaciones de monumentos, veneracion perpétua del espíritu humano, que como frondoso árbol, no pierde las hojas sinó para darle su nueva sávia. Toledo me parece una gran lápida donde cada edad ha dejado el símbolo de su idea. Aquí los godos, sujetos al espíritu romano que creían haber apagado entre las ruinas del mundo antiguo, extendieron los fundamentos de nuestra organizacion política; hácia aquí se dirigia como un torrente el alma de nuestros padres, cuando bajaban de las montañas de Astúrias por las llanuras de Castilla; esta fué la brecha que los mismos árabes abrieron en su imperio con sus constantes insurrecciones, co-

mo si los rechazara el suelo sagrado de Toledo; en estas hermosas llanuras se extendieron los cruzados que convocaba Inocencio III para detener á los almohades, cuyas victoriosas enseñas amenazaban cubrir la Europa cristiana; esta ciudad fué célebre por sus fueros, por sus municipios, por sus libertades, y así levantó el pabellon morado de Castilla en la guerra de las comunidades; pabellon que plegó honrosamente cuando se vió sola y abandonada de las demás ciudades sus hermanas; y aquí para dar más pábulo al pensamiento, y para manifestar cómo la justicia divina resplandece en la historia, vino á morir la nobleza castellana, y vino á morir en este soberbio alcázar á los piés de Carlos V.

Tantos recuerdos se agolpan ahora á mi mente, que apenas puedo ordenarlos. Si me pregunta V. qué he visto, apenas sabré decirselo. He visto un cielo azul, riente, ese cielo de España, que centellea eterna alegría; el Tajo, claro, reflejando en sus mansas ondas el horizonte; hermosa y dilatada vega, apenas cubierta con el naciente follaje de la primavera; y en un cerro inmenso, rodeado por el rio, la ciudad apiñada, como si buscara la sombra de sus grandes edificios cubierta de ruinas; la ciudad,



que me ha parecido como un gran sepulcro. Pero estas ruinas hablan: esas piedras amontonadas podrán ser los huesos de civilizaciones que han muerto; mas la indignación, esa fuerza creadora, los llama. los viste de carne, les infunde un alma, y vé asombrada pasar, como ideas vivas, las generaciones que han muerto, y las vé trabajando incansablemente, ofreciendo los tesoros de su sangre y los destellos de su inteligencia para levantar el orgulloso templo de la civilización universal. ¡Cuántas acciones memorables, grandiosas, guarda Toledo, ese montón de olvidadas ruinas!

A la derecha, subiendo á la ciudad, he descubierto el palacio de Galiana, palacio árabe, roto, abandonado, donde nuestra gran Iliada, el Romancero, al recoger influencias de extrañas ideas, ha levantado una mansión de amores á Carlo-Magno, como si quisiera curarle con los besos de héroes árabes la honda herida que abrió á su honor en Roncesvalles.

He pisado el puente de Alcántara, gozándome en ver su atrevido arco central, y en contemplar cómo se encajona el río defendiendo la ciudad imperial; el río que parece una serpiente destinada á guardar un nido de águilas. Concibo en este instante cuán difícil debía ser en la

Edad media asaltar y tomar una ciudad de esta naturaleza. No me maravilla que nuestras crónicas, y especialmente el arzobispo don Rodrigo, atribuyeran la toma de Toledo por Alfonso VI, más bien que á las fuerzas de los cristianos á las industrias que reveló la prudencia de Almamum.

El Tajo por este punto camina entre dos abismos, que atónito he contemplado, pues no parece sino que la misma naturaleza ha querido defender á la inmortal Toledo.

Una idea general de la población que contemplo, no sé si podré darla. Rodéala un triple muro, cuyo foso natural es el Tajo. Los edificios principales reúnen la historia de la ciudad. El castillo de San Servando, centinela avanzado que guarda el sueño de esta reina destronada, significa el espíritu guerrero de la Edad media; el gran alcázar, obra maravillosa del Renacimiento, asentada sobre los restos de otros alcázares, simboliza, levantándose sobre toda la ciudad como la cúspide del edificio social, la monarquía; frente por frente del alcázar, aunque al extremo opuesto, ostenta sus torres, sus cúpulas, ese poema de piedra donde está escrita toda la historia del espíritu católico, la catedral, que es á un tiempo mismo la religión y



el arte, guardando como arca sagrada el fuego de la vida de las generaciones pasadas; y bajo estos edificios, á su sombra protectora, se levantan en desórden las casas, en lo exterior pobres y mezquinas, en lo interior desahogadas y magnificas, como si enseñasen que nuestros padres no vivian sinó para el campo de batalla cuando con doliente voz los llamaba la pátria, y para el hogar doméstico, para el santuario de la familia cuando les sonreía la paz. Pero entre todos estos edificios hay uno que representa sin duda la idea más viva de nuestra nacionalidad, su verdadera esencia; edificio que es de la época en que esa idea habia ya muerto, del siglo décimo septimo, y que á pesar de su bella arquitectura me ha parecido la más grande ruina de Toledo y la más triste de sus vecinas. Hablo de la casa municipal, que se levantó cuando ya no tenia vida ni esplendor el municipio.

Es casi imposible contar todas las esclencias de esta ciudad. En su silla metropolitana se han sentado obispos, que más que hombres parecen una época, como San Julian, el representante de la iglesia goda. Aquí fué arzobispo D. Rodrigo, tan dado á las armas como á las letras; que así manejaba la pluma como la maza;

guerrero en el campo, cual cumplia á un sacerdote de aquellas edades, esplendor de nuestras artes, luz de los concilios, y en virtudes tan grande, que era el consuelo de los pobres, y así Dios le premió dándole inspiracion para escribir la historia nacional y aliento para entonar sobre el campo de las Navas el cántico de triunfo que aún repiten todas las generaciones, y fortuna para poner la primera piedra á esta catedral, bajo cuyas bóvedas parece que se cierne aún su luminoso espíritu. Y al finalizar la Edad media, como una gran estátua levantada para coronar estas glorias, se vé aparecer en esta silla metropolitana al cardenal Cisneros, el génio más español de nuestra historia, el más fiel á sus tradiciones, pues comprendiendo el elemento vigoroso é idóneo para mantener nuestra sociedad, armó el municipio, y adivinando el destino que el pensamiento del Eterno señalaba á nuestra pátria, llevó las vencedoras huestes de Castilla al África, para que templasen sus espadas en la sangre de sus antiguos señores.

Todos estos grandes prelados acaso explican la maravillosa riqueza de Toledo, que es un gran museo donde está escrita la historia de las artes. Aquí se encuentran restos despeda-



zados de muros romanos, de circos, anfiteatros, que parecen como esos huesos colosales que sirven al naturalista para reconstruir una gran época de la geología; aquí han encontrado mi querido é ilustre maestro D. José Amador delos Ríos y su compañero el Sr. Assa monumentos bastantes á esclarecer épocas oscuras de la historia de nuestras artes; en el Cristo de la Luz, en Santa María de Blanca, se vé el arte árabe, emancipándose el arte bizantino; en la magnífica y nunca bien encarecida casa de Mesa, en el taller del Moro, el arte árabe, en su último florecimiento, con sus labores maravillosísimas; en la catedral resplandece la ojiva desde el siglo décimo tercio hasta el siglo décimo quinto, verdadera encarnacion de una série de ideas; en San Juan de los Reyes, edificio tal vez único en su género, símbolo de la edad más gloriosa de nuestra nacion, centellean, lucen los últimos esplendorosos destellos del génio de la Edad media, próximo á confundirse en el Renacimiento, cuya edad representan admirablemente el hospital de Tavera y el grandioso Alcázar, mole inmensa y grandiosa, que presenta numerosos ejemplares del género plateresco, y cuyas degeneraciones vinieron á engendrar el churriguerismo, desvario del espíritu español,

que comprimido y agotado, y careciendo de nuevas fuentes de vida, consumió la siempre exuberante inspiracion en logogrifos incalificables, como el gran Góngora, y de este desvario dá insigne muestra el célebre trasparente de la catedral, especie de Soledades ó Polifemo de piedra.

Bajo este aspecto no conozco nada semejante; es imposible que haya una ciudad como Toledo en España. Es un gran poema de piedras, en que la variedad de los géneros y de los monumentos no daña á la unidad maravillosa de la idea; un poema de piedra, que han escrito muchas generaciones, en que han puesto sus manos muchos individuos, y que sin embargo es armónico, pareciendo la creacion de un artista divino y único, á manera de lo que sucede en nuestro sublime é inmortal romancero. Yo veo aquí la idea de lo bello alimentar á todas las generaciones; veo esta idea ofrecida y presentada á Dios como un holocausto; veo que esos grandes monumentos de piedra conservan el sentido maravilloso que la Biblia atribuye á la primer creacion de la arquitectura; son montones de piedra que levanta el hombre para tocar á los cielos. Y en efecto, en esos arcos que se alzan airosos á los cielos, obedeciendo á una



idea humana como las notas de un canto; en esas estatuas animadas siempre por el éter de la vida que despide el pensamiento; en las cúpulas, que esmalta con celestes arreboles el aire; en esos sepulcros que parecen un comentario á la eternidad, un triunfo sobre la muerte; en los vidrios de colores, que quiebran en mil rayos la luz; en los lienzos y tablas animados, al soplo de la inteligencia humana, se vé más bien aún que en la naturaleza, resplandecer el espíritu de Dios.

Pero estoy muy cansado, fatigadísimo, y apenas puedo escribir. Otro día describiré minuciosamente la impresion que en mí han hecho algunos de estos monumentos. No olvide usted á sus amigos.

## EL PARANINFO DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

La Universidad Central ha enriquecido el gran poema de nuestras artes con una nueva imperecedera página. La apoteosis de todas las ciencias; la exaltacion de los génios que han iluminado con sus destellos el áspero camino de la humanidad hácia su perfeccionamiento; la consagracion de un recuerdo de eterna gratitud á los que han sondeado los secretos de la naturaleza, del espíritu y de la sociedad, pertenecian por derecho propio al templo donde todos los progresos del entendimiento humano tienen exclarecidos intérpretes y todas las ciencias inviolables santuarios. La Universidad Central, para cumplir este fin de su instituto, ha llamado á sí exclarecidos artistas; y á impulsos de su inspiracion, del buril y del pincel,